

Leyendas

Urbanas

El pozo



HELENO DE PRAVIA

Me sentía vacío, totalmente vacío, mi misión había finalizado en este mundo, misión cumplida, aunque no sea a plena satisfacción. Me habían pasado cosas como a todos, buenas y malas. Pero, ahora no tenía ningún objetivo a la vista, ninguna pasión, ningún interés, ninguna gana de vivir. La vida se agota, el interés, la inquietud, van desapareciendo y al final todo te da igual. La vida cansa. Cuando ya no queda nada, solo quedas tú. Ya sólo tienes que ocuparte de ti mismo. Te has desparramado hacia fuera, y ahora tienes que mirar hacia dentro. Ya no hay motivos para aplazar tu juicio crítico. No hay nadie que me pueda juzgar. Buscas en los libros, en las canciones, en las películas, donde sea, necesitas algo que dé sentido a tu vida, un trozo de madera al cual agarrarte. La filosofía, la historia, la vida, pero no hay nada, no me sirve nada, ahora no me sirve nada. Hiciste aquello que creías más acertado, ya vale. No te puedes arrepentir, la rueda no vuelve en sentido contrario. No puedes deshacer nada. Qué palabra más grande: nada, lo llena todo, una paradoja. Hay momentos en que todo falla, todo a la vez, no tienes ninguna agarradera, nada.

Alguien escribió: “Cuando ya no queda ninguna revolución por hacer y ninguna pasión te sirve, entonces, ya sólo quedas tú”. Puede que no lo escribiera nadie y lo haya inventado yo mismo. ¿Revolución? ¿Qué revolución puedo hacer si no estoy dispuesto a cambiar nada de mi personalidad? Poco se puede hacer cuando no somos capaces ni de cambiar de indumentaria. Todo es mentira, toda mi vida es pura imaginación, o no, pero a estas alturas no sé diferenciar entre lo que he vivido y lo que he inventado. ¿Importa algo? ¿Le importa a alguien? Nadie tiene interés en desmentirme.

Es una lánguida tarde de otoño, parece que va a llover, pero las nubes se arrepienten. El ambiente está cargado, hace calor, bochorno. La calle tiene ese ritmo cansino y agobiado de todos los días. Mucha gente, pero la gente se mueve, son como autómatas programados, ellos saben a dónde van, yo sólo lo intuyo. La mirada se pierde, y mis pasos se dejan llevar por la corriente que parece más poderosa. Dejarse llevar, esa es la consigna que muchas veces me han repetido. En la vida hay que dejarse

llevar, repetir aquello que se ha hecho durante muchas generaciones, no pueden estar todos equivocados ¿o sí?

Te tumbas en la cama, estás cómodo, relajado. Estas tú solo, tu organismo se va calmando, todo tiene un funcionamiento lento, muy lento, la respiración es más suave, el tiempo transcurre pausadamente, te sientes morir un poco, eso te crees, y sabes que nadie te echará de menos, tal vez un poco, muy poco, sólo estas tú, decide. Al final todo pasa a ser olvido. Nadie te recordará, y si alguien se acuerda ¿qué más da si ya no te vas a enterar? Notas las palpitations del corazón, la sangre que fluye por todo el cuerpo, la respiración lenta, rítmica y pausada. Poco a poco te vas dejando llevar. Los ojos se cierran, no quieres pensar en nada, haces un esfuerzo por imaginar un papel blanco, una sabana blanca, blanco, todo blanco, todo blanco, blanco,....

Entonces en ese momento, en ese preciso instante, ocurre algo, no sé qué es, pero ocurre algo, y todo vuelve a funcionar. Creías que habías desaparecido, pero no, no hubo suerte, estás aquí. No lo puedo describir, es imposible, sobre los límites de la ciudad parecía surgir un mundo diferente que demandaba otras expectativas. No, no vale, es el sol en el horizonte que me insulta con su brillo. De poco sirve ser como un gusano, en esas circunstancias, dejarse llevar por una existencia gris, monótona y sin futuro, es imposible. ¿Para qué sirve vegetar, simular que se vive, sin sumar ni restar nada? No quiero pasar las tardes solo, con un sándwich y un refresco en una cafetería decorada con colores pastel para aminorar la agresividad y escuchando una selección de la mejor música moderna, eso es poco agradable, para mí es deprimente. No, eso es un monumento a la soledad. Una agenda llena de teléfonos y a nadie quiero llamar. ¿Conoces el sonido de una casa vacía? No tengo miedo a estar solo. No.

Sin embargo, un día tras otro el mundo se levanta con la larga lista de agravios y malas noticias. El termómetro de la desgracia aumenta cada día un poco más y nada puede aliviar las tensiones, las derrotas del ser humano ante aquellos poderosos, que además son lamentablemente humanos y tienen todas sus debilidades. Es una corriente muy poderosa y sabes que no puedes oponer nada, tu voluntad no sirve, no es suficiente. Te falta valor, puede ser.

El día era soleado, brillante, es posible que al mediodía el calor fuera sofocante. No importaba. Tenía que tomar una decisión, ya no podía esperar más. Nada tiene sentido, no tengo hijos que den sentido a mi vida. Hay personas que viven a través de sus hijos o nietos, no es mi caso, nunca me han gustado los niños y la familia me ha parecido algo artificioso e impuesto. La gente vive a costa de los pretextos más peregrinos. No sé valorar lo que tengo, algunos dicen que ese es mi problema, pero ya es tarde.

XXXXXXXXXXXXXXXXXX

El pasado jueves decidí suicidarme, no es una decisión rápida sino algo meditado, muy meditado. En algún momento hay que decidirse. Yo creo que es la decisión más importante que he tomado en mi vida, aparte de nacer, pero esa no la tomé yo, la tomaron otros por mí, o tal vez fue una sorpresa no deseada para ellos. Llegué a la conclusión que no podía seguir manteniendo aquel ritmo de crisis continuas. No merecía la pena aguantar más tiempo, sobre todo porque no tenía ninguna esperanza en el futuro.

Me marché al Viaducto que hay en mi ciudad, Madrid. Es un gran puente que salva un desnivel de la ciudad. Su construcción actual data de 1.934, tiene cinco amplios arcos y su altura es superior a los 142 metros. Tradicionalmente se ha utilizado por los suicidas de la ciudad para desgracia de los vehículos que reciben tales sorpresas desde arriba. A mí los venenos no me convencen y no entiendo de pastillas y sobredosis, me cuesta tragar las pastillas. Abrirme las venas tampoco es posible, me marea la sangre, me desmayaría y dejaría todo perdido. Además, por si alguien no lo sabe el corte tiene que ser longitudinal no transversal como aparece en las películas, y no es nada fácil, las venas a veces se resisten. Cosas que aprende uno cuando se quiere suicidar.

Arrojarse por el Viaducto es una muerte rápida, te lanzas al vacío, y la muerte está asegurada. Te destrozás. Tengo mis dudas sobre el golpe, ¿Qué parte del cuerpo será la que recibe primero el impacto? ¿La cabeza, el abdomen o los pies? ¡Menudo destrozo! Nadie ha conseguido sobrevivir. Lo he leído en un libro sobre cosas curiosas de Madrid. Rápido y eficaz, y además sin mucho sufrimiento.

El Viaducto de esta ciudad, está cerca de la plaza de Ópera. Me fui en el metro una vez que dejé todo ordenado en mi casa, es una manía. Estaba nervioso, era una decisión muy meditada, pero deseaba que quedara bien, acabar lo más rápidamente posible. No quería una chapuza improvisada. Al llegar allí sufrí el primer contratiempo. El Ayuntamiento hace unos años ha instalado unas mamparas transparentes que impiden acercarse a la barandilla de piedra, y en consecuencia no es nada fácil arrojar al vacío. Recorrí todo el Viaducto, pero era imposible. Es un cristal blindado muy duro, atornillado de una manera que no hay posibilidad de utilizar los tornillos como punto de apoyo para escalar la mampara. Como obra de ingeniería es magnífica, el monumento no pierde esplendor y es muy difícil suicidarse por no decir imposible. Tampoco era posible desatornillar una mampara, o por lo menos yo no lo sé, no soy nada hábil. En los extremos se da la misma situación, no hay manera de llegar a la barandilla. Si es imposible llegar a la barandilla del Viaducto, no se puede uno suicidar.

A grandes males, grandes soluciones. Caminé por la calle Bailen, giré por la calle Toledo, las tiendas estaban abiertas, por fin encontré una ferretería. Compré una escalera pequeña, de esas que tienen tres o cuatro peldaños, son baratas y pesan muy poco. Tampoco quería llamar la atención por la calle. Cogí mi escalerita, metida en una gran bolsa y volví al Viaducto. El momento no era nada propicio, mucha gente en la calle, muchos coches. Así no hay manera, tenía que esperar. Suicidarse es una cosa complicada, no se puede hacer así, sin más. No todas las horas son propicias. ¿Qué hacer? Tengo que hacer tiempo. ¿Volver a casa? ¿Comer? ¿Ver la televisión hasta que llegue la hora? Como es la primera vez que me suicido no tengo experiencia, no sé como se hacen estas cosas. No sé a quien preguntar. Quizás en Internet hay una página, o muchas páginas dedicadas a este asunto, y aconsejen qué se hace en los momentos previos.

Paseé por el Madrid de los Austrias. Es maravilloso, aunque el día estaba gris, no hacía frío y era muy agradable sentirse transportado a otras épocas. Son edificios y calles que parecen sacadas de los escenarios de películas de espadachines, ventanas con grandes rejas, blasones sobre las puertas, portales con monumentales portones y accesos para entrada de carruajes. En cualquier esquina puede aparecer Lope de Vega o un

coche tirado por caballos con una dama cubierta de velos. Casi empecé a plantearme que no merecía la pena suicidarse, vivir tiene sus ventajas. El Madrid de los Austrias es un motivo para vivir, pero para mí no era suficiente.

Me acerqué a una antigua taberna, “El Anciano Rey de los Vinos”, ahora es un restaurante, muy remodelado y moderno, incluso dan comidas. Me tomé unos vinos, siguen poniendo de aperitivo galletitas, eran los últimos de mi vida. Seguí bebiendo sin ton ni son. Al azar entraba en los bares y con la mirada perdida bebía, nada me importaba de lo que ocurría a mi alrededor.

Las horas fueron pasando, estaba agotado de andar por la ciudad, me dolían los pies, creo que me había quedado dormido en algún banco. En un reloj lejano daban las tres de la mañana, era el momento de suicidarme, ya no habría mirones. Caminé decidido hacia el Viaducto, pocos coches circulaban, la mayoría taxis. Alguna pareja despistada buscando el lugar donde habían aparcado el coche, y algunos camareros que salían de los últimos locales en cerrar. Hacía frío, habían bajado las temperaturas y la gente caminaba con prisa, nadie se pararía para saber qué estaba haciendo. A nadie le importaba mi presencia.

Llegué al centro del Viaducto, abrí mi escalera y me subí hasta el último peldaño, el corazón me palpitaba con fuerza, estaba nervioso. La escalera se quedaba corta, me faltaba un poco para salvar la altura hasta la mampara. Me agarré apoyando los brazos en la mampara, cogí impulso y conseguí enganchar un solo pie. Así me quedé unos minutos descansando del esfuerzo realizado. Me dolían las manos y podía caerme. Me dí un nuevo impulso, por unos segundos mi cuerpo estaba sobre el filo de la mampara, me movía, temblaba todo el cuerpo, las manos me sangraban, las gafas se cayeron, y así me caí hacia el otro lado de la mampara, sonó un golpe seco y luego dolor, mucho dolor en la espalda. Había caído entre la mampara y la barandilla de piedra, ahora solo debía incorporarme a la barandilla y lanzarme al vacío. No era tan fácil, la espalda me dolía horrores, las manos me sangraban, y cada vez que intentaba moverme aumentaban los dolores. Me quedé tumbado, esperaba que se me pasara el dolor. Sin embargo, el dolor continuaba e incluso era mayor, también tenía frío. Pasaron unos minutos o tal vez una hora, no lo sé, dejaron de sangrarme las manos, las tenía muy lastimadas y también me dolían. Esto se complicaba, no podía incorporarme y así era imposible suicidarse. Mala suerte.

Amanecía, cada vez había más claridad, pronto alguien se daría cuenta de lo que pasaba. Como estoy tumbado sólo puedo ver con comodidad los pies de las personas, ahora hay alguien con zapatillas de deporte y vaqueros, se para, agarra la escalera, la pliega y se marcha con pasos rápidos. Es un ladrón de madrugada, hay gente para todo. Ahora hay un perro y alguien con zapatos, me grita, es una voz de persona mayor: ¿Esta bien? ¿Se encuentra bien caballero? Si me encontrara bien iba a estar tirado en el suelo, lleno de sangre, congelado de frío y con un dolor terrible en la espalda. El caso es que esto se anima, ahora es una señora la que habla con el viejo. La señora tiene ya su versión: “Será un drogadicto, beben y fuman todo tipo de drogas y mire como acaban”. “No hay seguridad, no se puede salir de casa”. Llega otro señor, este debe de ser más joven, es el listo del grupo, hace una pregunta interesante, ¿Cómo se ha podido meter ahí, entre la mampara y la barandilla? Palabras, comentarios, no consigo enterarme de nada. Hay un corrillo muy animado que cada vez es más numeroso.

Ahora llega la policía, los que faltaban, esto acaba muy mal. Me deprimó, esto es terrible, estoy vivo y metido en un buen lío. ¿Se encuentra bien? Pero, ¿Por qué preguntan estas cosas? ¿No ven que estoy ensangrentado y tirado en el suelo? Me dan ganas de decirles que estoy muy bien y que me dejen en paz. Hace frío, o es la sensación después de varias horas sin apenas moverme. Respiro hondo, cada vez hay más luz, hay ruido, mucho ruido, otro coche ha parado y ahora oigo sirenas, vendrán también los de urgencias. ¡Vaya numerito! Con esto saldré incluso en los periódicos y en la televisión. ¿Me puede oír? Muevo la cabeza. “Ahora vendrán los bomberos y lo sacaran”, dice un policía. Tiene que haber muchas personas, hablan entre ellos, los oigo, solo puedo ver los pies, hay muchos zapatos de caballeros y alguno de señora. Ahora sí tiene sentido decir eso de ¡me quiero morir!.

La mañana transcurre lentamente, además de frío, tengo hambre y siguen los dolores, me duele toda la espalda y las manos parece que están hinchadas. Las manos están muy hinchadas, los dedos parecen salchichas. Tengo ganas de mear, no me puedo aguantar más, ya no me da vergüenza, da todo igual. Oigo más ruido, es como una sierra eléctrica, saltan pequeños trozos, esquirlas de algo parecido al vidrio, están cortando la mampara. Nuevos golpes, más fuertes, como si fuera un martillo. La operación se prolonga, pasan los minutos y los ruidos son cada vez más insoportables. Parece que el cristal se resiste y los bomberos se van cansando. Se turnan. Me siento desfallecer, tengo mucha sed y me duele la cabeza. Unos brazos fuertes me levantan levemente, estoy sobre una camilla, unos segundos más y ahora debo ir en una ambulancia, cierro los ojos.

Después, lo esperado, hospital, convalecencia, declaraciones a la policía, entrevista con médicos, psicólogos, psiquiatras y aquí estoy en un Hospital Psiquiátrico de las afueras, no quiero hablar, creen que estoy algo así como autista. Estoy catalogado como un caso raro, en el Hospital General no contestaba a sus múltiples preguntas. Prefiero hacer de momento este papel. Me empujan la silla de ruedas y ahora estoy al sol. Espero, ya no espero nada. Estoy inválido, eso creía al principio. Sólo mi cerebro sigue creando historias, pensando a pesar de todo, no quiero, pero yo no puedo evitarlo.

En unos meses podré andar, eso dicen los médicos, hablan entre ellos, dicen que físicamente mi recuperación está asegurada. Mentalmente no lo tienen tan claro, no saben nada de mi cerebro. Les tomo el pelo como quiero, juego con ellos al engaño. Se creen muy listos con sus dibujos, sus manchas, sus preguntas monótonas. Se trata de hacer lo contrario de lo que esperan. Algunos no son tan tontos, se dan cuenta y representan su papel, no consigo engañarlos. Es muy divertido, incluso cuando me ponen diferentes drogas para tranquilizarme, pastillas de colores y ansiolíticos.

xxxxxxx

El tiempo pasa, ya no pienso en suicidarme, es una tarea muy difícil. Mucho más de lo que yo creía. La vida muchas veces no tiene sentido, la mayoría, si lo pensáramos, si nos planteáramos para que estamos aquí, estaríamos muertos. Sin embargo morir tampoco conduce a nada. Vivir o morir es indiferente, decía una vieja canción. Hoy, veo las cosas de otra manera. Nadie se fijará en mí, si yo no soy capaz de fijarme en los demás. La vida, la gente nos decepciona, pero al final el instinto de supervivencia hace que sigas vegetando. Si soy un cobarde y no sé ni suicidarme, lo mejor es que me

prepare para vivir. ¿Merece la pena esforzarse? Tengo miedo a vivir, prefiero vivir en el pozo, pero tengo que salir al sol, enfrentarme a la luz, es necesario. He bajado muchas veces al pozo, he saboreado la amargura de la soledad, pero de momento y por una vez más, voy a mirar al Sol, incluso corriendo el riesgo de quedarme ciego.

A veces estamos hartos de todo y de nada. Tampoco hacemos nada. Somos frágiles y al mínimo desequilibrio todo se hunde, nos rompemos con facilidad. Parece que el hombre solo está preparado para las grandes catástrofes, los grandes dramas. Ahí se supera y saca fuerzas. Aquello que no soportamos son los pequeños accidentes, los pequeños contratiempos. Nos hundimos. Nadie da nada, lo que quieras lo tienes que arrancar. El mundo es una selva, no tiene leyes, no hay justicia, mejor: pero estoy seguro de que si busco con ahínco, acabaré encontrando más de un motivo para vivir.